

## TERESA, Y ESE PRIMER ABRAZO DE CADA AMANECIDA

Para ti, princesa, por esas mariposas de tus ojos de lluvia

Que siempre estuve enamorado de ti no es ningún secreto. ¿Te acuerdas cuando hacíamos el amor en las sombras del tejtar, o en esos mediodías sobre el sol de la parva, los machos en su rutina de dar vueltas y vueltas con el trillo enganchado, y tú me revolvías con tu mano derecha los perros de la sangre y que aquella tarde de tormenta, Santa Isabel de Hungría, nos pilló sin quererlo el pastor del Anselmo, que yo sé que me amaba y se quemaba vivo de no poder tenerme, y en lugar de mirar salió como si hubiera visto al mismo diablo?

¡En otra ocasión, creo que era San Lorenzo, porque cuando las noches, en el cielo contábamos mil estrellas fugaces, hasta me dio la risa, porque se me metió en la cabeza, que si no te tirabas en marcha, como dice Sonsoles que hace su Marcelino, me quedaría preñada!

-Anda...calla, boba, no digas tonterías.

La voz de Santiago se llena de sonrisas y nubes de algodón y sus ojos tan negros y brillantes como el carbón mojado se tornan líquidos derramando unas lágrimas inocentes que resbalan sus mejillas abajo, poseedoras de aquel secreto tan bien guardado. Su rostro se volvía terso como piel de manzana y en sus mejillas de melocotón brotaba aquel tierno rubor que tanto amaba Teresa en las tardes azules; ese candor que llenaba de luz a un hombre y de cariño a una mujer y rodeaba durante las 24 horas del día de un halo mágico a su esposo del alma.

Teresa, en ese primer abrazo de cada amanecida, en el segundo beso de canela e hinojo, suspiró con ánimo y jugó a no caerse, a seguir viva en ese sueño del que no le gustaría despertar. Descorrió el visillo de la vieja ventana como el dulce velo de una novia y señaló el tejtar a lo lejos, para poco a poco, depositar de su boca de

fresa el vaho sobre el cristal e ir dibujando el nombre de su esposo, que luego fue borrando con besos de ternura.

Santiago la miró como si fuera un niño y sonrió débilmente mientras se tocaba la entrepierna con dedos trémulos en un intento vano de volver a aquel entonces que no volvería nunca.

Teresa terminó de ajustarle los pantalones del pijama abrocharle los botones de la camisa franela y le limpió las comisuras de los labios con el pañuelo a la par que lo abrazaba en un suspiro: ¡ay, cariño!

Una distraída lágrima resbaló trémula como la perla de una gota de lluvia por entre las arrugas, por ese gesto ausente de niño grande, fresca como rosa entre la escarcha recién amanecida entre las blancas flores.

Una tosecilla rompió ese momento mágico de las siete de la mañana y el olor a café de la cocina de Begoña, su vecina del primero derecha que, cuando tiene alguna pena, la mata cantando como un pajarillo y su voz inunda la vecindad.

-¿Te acuerdas, cariño, de la primera vez, que nos asustamos por aquellas gotas de sangre y porque a mis pechos les crecieron de pronto como cuatro centímetros y la tarde, tan azul y frágiles columpios hasta entonces, se volvió de cobalto?

Silencio.

Luego, en un luego muy largo en el que pasaron casi nueve ángeles, porque nos quedábamos extasiados contemplando el paisaje de enebros que bajaba hasta el río, que a veces cobijaba nuestros cuerpos desnudos y cogíamos catarros, me cantabas canciones que hablaban de sirenas y barcos que pasaban con su amura de peces, de que si dios quería, traeríamos a este mundo doce o catorce hijos, mientras te ibas fumando un cigarrillo de parras de patatas, liado en el papel del cuaderno de lengua. Otras veces, tendidos boca arriba en los prados de tréboles y flores amarillas, contando las estrellas, nos quedábamos dormidos con la musiquilla

del canto de los grillos entre los arritales o el croar de las ranas en la laguna chica.

¿Lo recuerdas?

Silencio.

Teresa sonrió con esa amplia sonrisa que la hace más hermosa y estrujó entre sus brazos a Santiago tornando los recuerdos a esos días de la infancia llenos de golondrinas y espigas enhebrando todas las amapolas como un mar impagable, a ese amor de juguete que les llevó al altar un día de otoño en la ermita de la Virgen de La Antigua en Orduña, porque ella era de allí, y a vivirlo durante 30 años sin que se perdieran ni un solo minuto.

La luz ya no estaba en sus ojos y su rostro alelado y distante, descarnado como una dictadura, lo miraban sin ver. La baba, juguetona del alba, se escurría despacito en una tiritera de flores desbucladas en un invierno frío.

-¿Quién eres tú, maldita? ¡No, no te vas a llevar ni un céntimo de esta casa! ¡Ni un mueble tan siquiera! ¡Vete de esta casa y dile a Mercedes que venga a recogerme y me lleve con ella a Sopelana! ¿Me oyes, puñetera, me oyes...?

Teresa, la dulce Teresa, la de ojos de canela, aquella que creció en la calle Cantarras de una ciudad de Orduña a los pies de la Virgen, degustando las pastas de Larrea y las mantecadas de Badillo, bañándose en La Muera con su amiga Pepi, la que le dio seis hijos y una vida a su lado, se levantó con resignación y se acercó a la ventana, respiró unos segundos la brisa que levantaba el mar en calma, suspiro lentamente y se acercó a la vieja cómoda de seis cajones donde guardaba la ropa delicada y viejas fotografías en blanco y negro de cuando fueron felices. Tomó un frasquito ámbar del segundo cajón y echó media cucharada de aquel polvo blanquecino en el vaso de leche. Antes, como tres años antes, cuando su Santiago comenzó con los primero síntomas, el vaso lo llenaba de zumo de grosellas. Decía

don Manuel, el médico, que ayudaban a la memoria y que había que esperar y tener paciencia, sobre todo, paciencia...

Le acercó el vaso a los labios y él bebió un sorbito derramando otro poco entre las sábanas, pero ella, ya con el corazón ahogándole la boca, le apretó la nariz e hizo que se bebiera todo, porque si no lo hacía, las horas se le pasarían sin probar bocado y en unas semanas se quedaría en los huesos.

Luego. Otra vez otro luego. Los granos de la luz colándose por entre la ventana, el pajar a lo lejos guardando su secreto, los enebros bajando dulcemente en paisaje hasta desembocar en la ribera de ese río de la vida que les hizo tan niños, la mar de las espigas en coqueteo con sus ojos de niña allá en su pueblo. Llenó otra cucharada que vertió en otro vaso de leche calentita y se lo bebió de un trago, para meterse en la cama y, abrazada a Santiago, esperar a que la muerte llegara por sí sola...

Patrocinio Gil Sánchez